

Juan Agustín Palazuelos:

"Según el Orden del Tiempo"

Por ESTER MATTE ALESSANDRI

(Artículo publicado en la Revista Mapocho N° 2 - julio de 1963).

Juan Agustín Palazuelos irrumpe en la literatura chilena como un caso excepcional. Su primera novela "Según el Orden del Tiempo" ha tenido una de las más entusiastas acogidas de la crítica. El libro, sin embargo, no es de fácil lectura. Hay una forma novedosa, dinámica, para exponer ideas y hacer evocaciones a la que el lector no está acostumbrado. He ahí parte de su mérito. Hay varios planos que alteran dando una sensación de caos, que corresponde a una realidad subjetiva más honda y profunda que el lógico desarrollo de episodios ordenados ficticiamente. En Palazuelos hay un grito ahogado de una juventud que busca su camino en un mundo asfixiado por los dogmas. Hay crítica honda y severa a las clases sociales dominantes, a la época, pero la solución no la entrega a los planos sociológicos o extraterrenos, sino que la deja al hombre en la búsqueda de su propio camino. En la vida interior, en la soledad de la búsqueda, está el drama y la única realización del ser humano.

En el relato hay personajes reales que viven, discuten y evocan, y otros abstractos que dan un relieve personal a la narración. El tiempo es el que tal vez más preocupa al autor. Es la cuarta dimensión. La proyección de lo creado en el infinito. Es y no es, pues no existe como realidad aparte en el individuo. Es una creación subjetiva de la mente humana, que logra absorberla y angustiarla. "Después de todo, escribe (pág. 39), la única realidad que poseemos es la del tiempo vivido. Somos la suma de nuestras experiencias. De nuestras propias experiencias. Lo ya vivido es nuestro presente. No hay otro. Ese que nos parece presente, quizás sea nuestro mañana. Quizás. Sólo a condición que lo vivamos con tal intensidad que dejemos jirones de nosotros mismos en cada instante vivido. Somos los que hemos sido. Seremos los que estamos siendo. Es horroroso ver los ojillos del chuncho brillando. Porque todo esfuerzo es inútil. Se cae siempre en sus garras".

Se es prisionero de uno mismo, del sexo, del ambiente, del pasado, del futuro y del inaccesible tiempo. He ahí el laberinto del que cada cual sale como puede. Hay que afrontar su propia soledad sin tratar de huir (pág. 87). "Hace bien car-

minar sin llegar hasta el cansancio. Hay que ir a alguna parte. No a ninguna. O sea no hay que huir. Ni siquiera de uno mismo. Aunque sea vulgar pensarlo. Pero las cosas no son vulgares porque se piensan, sino cuando se hacen o dicen. Además es una tontería porque se trata de no huir. Sí. Ahí está el secreto. En general pasamos la vida huyendo. Escapando de la muerte. No obstante, corremos hacia ella. Como el que se pierde en el polo, que camina en círculo. Se llega siempre al lugar de partida cuando se huye".

Esta valiente posición para afrontar la soledad de la propia búsqueda, revela una mentalidad directa, vital, donde el análisis busca interpretar la vida, pero no la entiende ni la frustra. Se juzga como frívola a esta juventud que aparentemente busca sensaciones sin ajustarse a moldes preconcebidos, pero tal vez hay más hondura en cuanto lo más profundo del ser salta las inhibiciones y trata de expresarse con sinceridad. El individuo no se sujeta a normas, sino que busca su propio camino, dificultosamente, en un permanente monólogo consigo mismo. "Hay tantas verdades, escribe, como individuos que la buscan" (pág. 36).

Es digna de elogio la actitud de este escritor que enjuicia a su época y a la generación anterior con penetrante acierto. El mundo de la burguesía, monótono, snob, vacío, está muy bien descrito. "Padres de gente de mi edad, interesante escucharlos. Aunue es casi imposible porque hablan demasiadas estupideces. Culpables de su propia desgracia y de la nuestra. Creen comprender nuestro tiempo y no comprendieron el suyo. Tarea de cada generación comprender su propia generación. Dan consejos. Hay crisis de los consejos. Y crisis de la experiencia transmitida. Cincuenta años de caos. Con algunas excepciones". (pág. 43). Más adelante, agrega: "No tienen la culpa. Toda su fe puesta al servicio de la ciencia. De lo que ellos llamaron ciencia. Son un horrible monstruo engendrado por el positivismo. Que han inventado el aparato del exterminio de la humanidad. Son el subproducto de una Iglesia decadente y el jacobinismo pasado de moda".

La época actual tampoco se salva de la crítica del joven escritor. "Nuestra época (pág. 90) podrida porque no ha reconocido la autenticidad de la angustia. Hemos vivido tratan-

do de superar por medio del placer nuestro sufrimiento. Y cuando el dolor nos ha causado placer lo hemos preferido. Una especie de adonismo, pero negativo, porque no queremos reconocerlo. Y no se trata de llegar a la sensación contraria al dolor. En sí misma la angustia es tan maravillosa como la plenitud".

Otro aspecto que fustiga duramente es al hombre masa de nuestro tiempo; la creación en serie, la multitud desbordada y en contacto permanente. La vida diaria en piño, el que comienza en las micros y diferentes medios de locomoción que el hombre utiliza.

Contra todo esto plantea una solución, un camino. Volver los ojos a la antigüedad clásica. Extraer sus principales valores y crear una nueva era basada en su filosofía, sus mitos, su sentido en la belleza y la armonía. El cree que estos eternos principios, con el sedimento de los años de historia que han transcurrido pueden dar al hombre una elevación, una nobleza, una dignidad, un sentido de la libertad, donde la angustia de cada cual sea un elemento positivo de creación y no la destrucción de lo más genuino y auténtico.

Juan Agustín Palazuelos conoce bien la literatura clásica. En su inquieta carrera por la vida ha incursionado por varias asignaturas universitarias. Empezó muy joven estudiando Derecho. Venía del Colegio de los Padres Franceses y de la Escuela Militar. En 1956, fue becado a los Estados Unidos y allí estudió Filosofía y Ciencias Políticas. A su regreso estudia Filosofía y Lenguas Clásicas en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Pero su destino de juriconsulto o profesor son vencidos por su poderosa vocación artística. Gran conocedor de la música, en su novela hay una permanente evocación del ritmo, e incluso ella está construida de acuerdo a un determinado tiempo musical. También alterna el sentido pictórico con el literario. Y la poesía no está ausente en medio del fluir de ideas. Hay un tono poético permanente y ciertos pasajes son de gran categoría como cuando evoca su amor de infancia: "Y nos amábamos profundamente, tanto que jamás hablábamos de ello entre nosotros. ¿Para qué? Si desde la soledad cada acto que ejecutábamos era una oración para el otro. En un verano como éste, en que me fui por quince días de invitado a la playa, al volver supe que ya no

vivía al frente. Que su familia se había mudado. Y tuve vergüenza de preguntar su dirección. O creí que en cualquier instante la vería de nuevo. Y esa esperanza, junto con mantenerme vivo mató la mínima iniciativa para dar con ella. Porque así como mi amor era mágico, sobrenatural, yo esperaba un acto de esa naturaleza para volver a verla. Pero no la vi más. Y ahora que han pasado tantos años ¿qué ganaría con buscarla? (págs. 78 y 79).

No es lo menos el pasaje dedicado a recordar al organillero de su infancia: "Con qué cariño recuerdo al organillero del tiempo del colegio. Por eso arrojé unas cuantas monedas a éste, remedo de aquel que bajo mi balcón toca, al doble de ritmo que lo justo, "El Relicario". Y agrega más adelante: "Varias veces me he sentido tentado de bajar y pedirle prestada su maquinita musical. Debe ser emocionante dar vueltas a esa manivela. Como extraer mágicamente el pasado en unos cuantos giros de esa palanca. Pero no lo hago, porque soy tan feliz cerrando los ojos y escuchando la música con la mente en esa vieja sala de clases del patio de las preparatorias..." (pág. 40).

¿Quién que haya pasado por las aulas universitarias no ha participado en los vehementes diálogos de los patios de su Escuela, donde henchidos de fervor los jóvenes creen poseer el destino del mundo? En esos momentos, las clases representan la fría retórica, ajenas al sentido humano de la lucha. Los más inquietos y vitales no pueden ceñirse estrictamente a los horarios. Ellos tienen su polémica viva sin tiempo ni medida. El escritor Palazuelos que ha vivido intensamente cada etapa de su vida recuerda y describe estos patios universitarios, que han sido el eco de los textos donde nuestra adolescencia fue descubriendo su propio horizonte espiritual.

A los 26 años de edad Juan Agustín Palazuelos nos entregó: "Según el orden del tiempo", reflejo de las más diversas y contradictorias experiencias. Su temperamento de artista lo conduce por el camino de la realización estética. Actualmente trabaja en otra novela, pero transitoriamente el periodismo absorbe parte de su tiempo. Es redactor y crítico literario de la revista "Ercilla".

La aparición de esta primera novela lo ha revelado como una de las más serias promesas de nuestra literatura.